



Año XXX Núm. 340

Marzo 1975

Redacción y Administración:
Benito Gutiérrez, 26. Tel. 243 54 15
MADRID (8)

INSI

REVISTA BIBLIOGRAFICA

DIRECTOR: ENRIQUE CANITO

SUBDIRECTOR: J

sección



ROSIGUE la barcelonesa colección Ocnos su feliz andadura. En ella siguen conviviendo poetas de diferentes generaciones, de muy diversos talentos poéticos, pero siempre de una muy estimable calidad. «Rigor» es la palabra aplicable al criterio seleccionador de su consejo directivo, en el que figuran importantes nombres de la poesía española contemporánea. En el nada abundante ni brillante panorama de nuestras publicaciones poéticas, Ocnos ocupa, sin la menor duda, uno de los primerísimos puestos, y en la continuidad de su existencia todos debemos colaborar.

Figuran entre los últimos títulos publicados «El derecho y el revés», de Gabriel Celaya, y «Salmos al viento», de José Agustín Goytisolo (números 34 y 31 de la colección, respectivamente), dos oportunas reediciones, muy especialmente la de Goytisolo, por la inmediata aparición de su último libro, «Bajo tolerancia», del que me ocupo más adelante. Ya clásico, nombre insustituible en nuestra poesía de posguerra, Celaya, desde su impresionante fecundidad, se incorpora en los últimos años, en sus últimos libros, a tendencias renovadoras e innovadoras de la poesía más joven. En el poema dialogado, en la cantata —según propia definición del poeta—, en esta revisión moderna de viejos mitos, que es «El derecho y el revés», surge el humanismo y el vitalismo del poeta vasco, su postura afirmativa: «...Seamos constructivos y eficaces. / Dejemos de rumiar porque el sentido / de la vida es vivir, y nuestro orgullo / ser mayores de edad, no niños ciegos. / Cuando el hombre está vivo, se remueve.»

Junto a la veteranía y el magisterio de Gabriel Celaya encontramos en Ocnos al valenciano Jaime Siles con su libro «Canon», que ratifica lo anunciado y prometido en anteriores breves entregas de este joven poeta. También «Canon» (número 35 de la colección y Premio «Ocnos») es un breve poemario, en el que sobresale ese fulgor de la palabra que tanto caracteriza a la última poesía española. Autonomía del poema, que, al margen de la realidad, construye su propio mundo, el recinto inviolado de unos signos, de imágenes y metáforas que atrapan en su afán de belleza, de perfección. Hay, además, en estos poemas de Siles un notable dominio rítmico, una preocupación musical que se sirve de metros ya clásicos, dentro de una larga y rica tradición, como sus abundantes alejandrinos, ya presentes en el primer poema del libro, aparentemente en prosa: «Hay un túnel de sombra

tan, se encrespan, barbucean, juegan, guman para combatir la desdicha («Asir a la desdicha por los pelos / y golpear, golpearla contra el muro / ...», del primer poema del libro) y poder resistir su acometida, como tantos breves, pero intensos poemas van significando: «La olla bulle sin interrupción / con su guisado de tristeza. / ...Loco el dolor embiste / y me separa piernas, brazos, / cabeza. De nuevo insiste en todos esos pedazos.», o en los brevísimos, desesperados, nihilistas «Me siento pararrayos de renuncias. / Un día ya no seré nada. / Me llegará una música de platos / a lo largo de un triste pasillo» y «No hay límites para el dolor. No / hay esperanza. No / hay un camino que / lleve a alguna parte».

Como Gloria Fuertes, Antonio Fernández Molina (y ambos poetas tienen un origen



J. A. Goytisolo

común: la influencia post-surrealista del Postismo) se entrega al humor, al juego verbal, a la casi «salida» circense, para apartar, o atenuar al menos, el peso del dolor o el vacío de la angustia, el fardo de la vida, o la ausencia, el hueco, la abismal oquedad de la existencia, en un poema de «Platos de amargo alpiste» la confesión es explícita: «Abierta hacia el abismo / de la existen-

tor Pozanco, ya conocido por su traducción de John Donne, aparecida también en Ocnos (volumen «Elegías y canciones», número 4 de la serie Traducciones). Nacido en 1940, de amplia y variada formación cultural y poética, viajero por la Europa central y occidental, Víctor Pozanco trae en su primer libro ese aire culto, internacional, esteticista, que tanto caracteriza a las últimas promociones poéticas españolas. Como escribía de «Canon», he de insistir ahora, para «El oráculo de Numería», en esta preocupación primera y central por la palabra, por la sintaxis poética, por esa criatura autónoma que es el poema, en ocasiones inmerso por completo en esa suntuosidad léxica, en ese paladeo verbal de los significantes que aportó el modernismo y que un cierto neo-modernismo de estos últimos años ha rescatado (aunque años atrás, en los cincuenta, los poetas cordobeses de «Cántico» habían emprendido una similar, aunque más controlada y mesurada aventura verbal); uno de los primeros poemas de «El oráculo de Numería», «El anillo mágico» —sobre todo, en su primera parte— es un preciosísimo ejemplo de esta poética de lo suntuario («el ámbar, el ópalo, el zafiro. / ...ese búcaro azul que llena el pifano. / ...Ven y verás el quiebro / del florete gongórico y certero; / ...cómo se transfigura el olifante...»).

Este amor por las palabras, por la belleza expresiva, por la sonoridad, se despliega, a veces, por cauces más o menos tradicionales, como las asonancias y consonancias de «Elogio del poeta», muy bello ejemplo de esta sensual delectación verbal: «Tienes la audacia del naranjo / que arrodilla la noche en el bajo, / el pasmo de las rosas y el rocío, / el hialino color que baña el viento / y el indemne discurso de los ríos. / ... Tienes la tierra y el hierro que la labra, / lo más superficial, lo más profundo. / Tienes la dialéctica del mundo / y el dialecto asido a la palabra.»

Y he reproducido estos últimos versos por otra razón, porque en el penúltimo, especialmente, surge inequívoca una lúcida posición del poeta, el profundo compromiso del arte que gravita en toda obra auténticamente creadora, y por ello, dirigida hacia adelante, rompiendo sombras, liberadora. Significativos son, en esta dirección, los poemas que forman el apartado 4, «Carta», con su apelación a las palabras que dan vida («...Y que este pueblo se levante y luche, / hasta vivir del todo con un ejército de signos y palabras, / de formas y texturas»), con su ardorosa petición de la palabra plural y compartida («¡Dame tu palabra pueblo mío!»). Y por este camino puede llegar Víctor Pozanco a un verso tan representativo de este doble compromiso (en realidad, uno

cisivos» (1961) y «Algo sucede» (1968). Juntamente estimado como uno de los más significativos y representativos poetas sociales, José Agustín Goytisolo ha procurado siempre aunar ese doble compromiso al que me refería en anteriores líneas; en su «Poética. Notas para una antología» —la «Social», de Leopoldo de Luis—, fechada en 1965, afirmaba que «la función de la literatura es a la vez estética y social», y terminaba matizando, sabiendo distinguir la creación poética de lo que no lo es, que «En la medida en que me ha sido posible, yo he procurado siempre sustraerme de los peligros de una postura excesivamente simplista, a fin de no caer en la tentación de confundir los nobles sentimientos con la buena poesía».

«Bajo tolerancia» prueba sobradamente esta distinción incorporando toda la experiencia épico-lírica de su autor, su poética testimonial y crítica, su sarcasmo y su emoción, a una lengua madura, reflexiva, que busca en sí mismo y en otros hombres, otros poetas, en la cultura, en el arte, pero no olvida que salir a la calle y observar «es la mejor escuela de tu vida», último verso del último poema —«La mejor escuela»— de «Bajo tolerancia».

En sus homenajes, Goytisolo es narrador y transmisor de una peripecia humana, de unos desasosiegos íntimos o unas difíciles instalaciones en la sociedad (el Bécquer de Veruela o el Cernuda no nombrado, pero claramente aludido, del poema «En Londres para un cantor de sombras», en el que no falta —no podía faltar— el dardo acusador al injusto silencio en que ocultaron al hombre y al poeta); pero su poesía narrativa culmina en esa pieza magistral, auténticamente ejemplar en su género que es «Vida de Lezama», modelo de biografía poética, de síntesis de un hombre y su obra, difícil ejercicio, aumentado, en este caso, por la nada aventurera ni extraordinaria —en el sentido exterior, de andanzas y hechos— vida del gran escritor cubano.

El mejor Goytisolo sarcástico revive en poemas como «Así son» y, sobre todo, «Ella dio su voto a Nixon», títulos de la segunda parte del libro, la llamada «Cuestiones y noticias»; en «Así son», además, encontramos al austero antirretórico poeta moralista, que ofrece una despiadada reflexión, un muy lúcido diagnóstico de su propia profesión, del viejo oficio de poeta: «Así son pues los poetas / las viejas prostitutas de la Historia» (en un poema de «Alma», «Antífona», Manuel Machado había exclamado: «¡Hetairas y poetas somos hermanos!»). Goytisolo, como se ve, va más lejos. Como sigue avanzando en su poesía, que se enriquece lingüística, formalmente, en este libro, y, muy especialmente, en sus dos últimas partes, «Por los dominios de la arquitectura» y «Fragmentos de un diario de trabajo». Entre la lucidez y la derrota histórica el poeta camina. Y hace de la palabra señal de vida, señal de identidad.

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats